

Horacio Peña, "Poema a un hombre  
llamado Roberto Clemente"

Editorial Unión, Managua, Nicaragua, 1973

Horacio Peña —profesor y director del Departamento de Cultura de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua— ha hecho llegar a nuestras manos su hermoso breviario lírico titulado *Poema a un hombre llamado Roberto Clemente*. El bardo ha dado a la luz varios cuadernos de versos, cuentos, monodramas, etc. De manera que anda y desanda por los caminos del teatro, de la narrativa y de la lírica como por casa propia. Es, además, colaborador de las revistas *El pez y la serpiente* y *La Prensa literaria*, ambas de Managua, y de otras publicaciones extranjeras.

Peña es un devoto admirador del deporte. Lo considera "un arte y una ciencia". Afirma que el béisbol es "un duro ejercicio del cuerpo y de la mente". (p. 13) Nuevo Píndaro americano evoca a Roberto Clemente como a un diosillo pequeño. Nos habla de "la belleza, energía y fuerza" que lo animaban. Se movía —según él— "con una inmensa gracia griega". (p. 10) Reitera que en Roberto "se fundían y renovaban los atletas griegos". (p. 12) Para el bardo, el pelotero era "un relámpago", "veloz en el aire en vuelo / sin parecer tocar jamás el suelo". (p. 13) Era una criatura alada, vibrante. Todo su cuerpo —pese a ser deportista— estaba tocado por la gracia inefable del espíritu.

Clemente nació en Río Piedras el dieciocho de agosto de 1934. Estudió en Carolina, en la Escuela Superior "Julio Vizcarrondo". Fue un adolescente tranquilo, de gran vida interior. El mismo con-

fesaba —según asevera el poeta— “soy un hombre tímido, cauteloso, esquivo, modesto”. (p. 32) Nos dice Horacio Peña que fue una criatura triste. Tal vez presentía —muy en lo hondo de su conciencia— su trágico final. Sufrió mucho a lo largo de su carrera profesional. Tuvo que dejar su isla, “una isla en el sol, / una isla griega con arena dulce al cuerpo”. (p. 11) Pero fue tan isleño —tan esencialmente boricua— que reitera el poeta: “Todas las islas / podían verse, / sentirse detrás de la figura de Clemente / porque él era la voz y el ansia de muchos pueblos”. (p. 14)

Se fue a los Estados Unidos, “el país del águila”. Allí participó, por dieciocho años consecutivos, en el béisbol organizado como una estrella de los Piratas de Pittsburg de la Liga Nacional. Pero su existencia, como pelotero, no fue fácil. Padecía de terribles dolores de espalda. Se le dislocaron varios huesos. Se le fracturaron otros. Sufrió de angustiosos insomnios. Pero, por encima de todas sus cuitas, se erguía la estrella con fuerza propia, como tocada por la Divinidad. No en balde le llamaban sus compañeros “Señor de las penas y de los dolores”.

Fue campeón de bateo de la Liga Nacional en 1961, 1964, 1965 y 1967. En 1966 fue proclamado el *Pelotero más valioso de la Liga*. Ganó el *Guante de Oro*, por su eficiencia en el “fildeo”, doce veces. Su lista de triunfos sería interminable. “El llevó al país del águila / lo mediterráneo y lo latino / y además la historia y la cultura negra”. (p. 14)

Roberto Clemente era bueno. Sentía en su corazón todo el dolor del mundo. Tenía una conciencia ancha en que le cabían todas las penas de la humanidad. Como Terencio, pudo decir muchas veces: “Soy hombre y nada humano me es ajeno”. Por eso, cuando el veintitrés de diciembre de 1972, un terremoto golpeó a Nicaragua, azotándola para destruirla, Clemente sintió clamar dentro de sí la voz del deber. Era necesario tenderle la mano a los hermanos en desgracia. Y preparó vituallas, ropas y medicinas para llevarlas a la tierra desolada por el monstruo. Tomó un avión el treinta y uno de diciembre, con cuatro compañeros más, y el mar se los tragó a una milla de las costas de San Juan. Apenas habían despegado y ya la muerte los acunaba entre sus brazos.

Horacio Peña ha escrito un emotivo poema con todos estos

ingredientes. Se trata de uno de los más finos homenajes rendidos al astro boricua. En el breviario lírico aparece vivo Roberto Clemente —con su figura de hombre y de estrella— mirando hacia el futuro con su pupila zahorí. El poemario está escrito en versículos másculos, hirsutos, como amasados con sangre y con lava. Como dice el poeta: “Cuando se recuerdan sus treinta y ocho años / no se puede contener el llanto”. (p. 17)

Pero, reitera, Roberto no morirá nunca. Se le recordará siempre en su Isla soleada como una gloria inmarcesible y, en Nicaragua, los padres contarán a sus hijos, los abuelos a los nietos y los bisabuelos a sus tataranietos, de generación en generación, con la voz entrecortada por las lágrimas, la historia de Clemente. Todos empezarán con las mismas palabras como si se tratase de un cuento maravilloso: “Hubo una vez un hombre llamado Roberto Clemente que murió por nosotros...”

LUIS MARTINEZ